

Palabras de Miguel León-Portilla en su investidura  
como doctor honoris causa  
por la Universidad Complutense de Madrid

*Madrid, 29 de enero de 2010*

Comenzaré agradeciendo profundamente el honor que hoy me confiere la Universidad Complutense de Madrid. Y agradezco en particular a quienes han apoyado el otorgamiento de esta grande distinción, los miembros del Departamento de Historia y Antropología de América y al que es aquí mi padrino y se debe la correspondiente *laudatio*, mi amigo y colega Manuel Gutiérrez Estévez. Pienso que tenemos ahora un nuevo testimonio de la estrecha vinculación que existe entre la Complutense y la Universidad Nacional Autónoma de México en la que laboro desde hace más de cincuenta años y a la que debo invaluable apoyo. Y quiero recordar que en ella, desde mis días de estudiante, tuve el privilegio de estar en contacto con varios de los muchos maestros del exilio español.

Expresaré ahora una breve reflexión. Siendo verdad que he dedicado la mayor parte de mi vida al estudio y defensa de los pueblos indígenas de México y de otros países como Perú y Bolivia, no es menos cierto mi acercamiento al mundo hispánico, su cultura y su gente. Tan estrecha es esta relación que mi compañera en la vida, Ascensión Hernández Triviño, doctorada en esta misma Complutense, es española, nacida en Extremadura y hoy miembro del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad de México.

Mis estudios me han acercado a no pocos historiadores, antropólogos y lingüistas, en una palabra humanistas españoles, de tiempos antiguos y también contemporáneos. Así he estudiado y publicado varias gramáticas y vocabularios de lenguas indígenas preparadas por frailes misioneros españoles. He investigado acerca de la vida y obra de otros, no pocos también insignes españoles que han trabajado en México y América a favor de los pueblos indígenas. Este acercamiento a los humanistas españoles, me llevó a una vinculación con España que era también vinculación con los pueblos de América.

De otra forma de acercamiento al mundo hispánico también me he ocupado. Debo decir que ella me deparó alegrías y sinsabores. Pocos años antes de que se conmemorara en 1992 el Quinto Centenario, el gobierno de México me encomendó la dirección de la respectiva Comisión Nacional Conmemorativa. Al aceptar, propuse que la misma tuviera como título el de Comisión Nacional Conmemorativa del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos.

Recordaré ahora lo que quise expresar con tal designación. Mi propósito, al referirme a lo que se desarrolló a partir de 1492, fue que se tomara en cuenta no sólo a los que llegaban y descubrían con ojos asombrados tierras para ellos desconocidas, sino que también se reconociera la presencia de quienes desde hacía milenios habitaban en ellas y expresaron su voz. La palabra que me pareció adecuada para designar lo que ocurrió fue la de encuentro y, para señalar a los participantes en él, me valí de una metáfora añadiendo que eran gentes originarias de dos mundos, es decir de uno y otro hemisferios.

La palabra encuentro, según el Diccionario de la Real Academia Española, tiene entre sus varias acepciones las de “acto de encontrarse dos o más personas”; “choque, por lo general inesperado, de las tropas combatientes con sus enemigos”. Además de estas y otras acepciones, la palabra encuentro trae también a la mente las ideas de acercamiento y unión,

como encuentro amistoso, y se emplea para designar reuniones como encuentros científicos, literarios y de otra índole.

La Comisión Mexicana del Quinto Centenario con la expresión “conmemorativa del encuentro de dos mundos” fue para mí, como ya lo dije, causa de sinsabores y alegrías. Los sinsabores provinieron de que algunos dijeron que tal designación, no era sino un eufemismo para encubrir todo lo que significó la conquista y el sometimiento de los indios. Hubo incluso algunos que propusieron la designación de Quinto Centenario del inicio de los genocidios.

Por entero contraria a tal género de rechazo fue la actitud de otros que vieron en la designación el propósito de privar a España de la gloria de ser ella la que llevó a cabo el descubrimiento de América.

Pero si mi propuesta me trajo sinsabores también me aportó alegrías. La idea del encuentro se fue abriendo camino. En una de las reuniones de las comisiones hispanoamericanas de dicha conmemoración, se aceptó y esto mismo ocurrió al ser presentada al Consejo Ejecutivo y luego a la Conferencia General de la UNESCO. La Delegación mexicana que presidía yo, consultó con España y con los demás países iberoamericanos, incluyendo a Portugal, la conveniencia de que la UNESCO se sumara a la conmemoración e hiciera suya la designación adoptada en México. A los países Iberoamericanos pareció bien la propuesta y acordaron apoyarla.

La consulta con los países africanos planteó, en cambio, dificultades. En principio se negaban a cualquier conmemoración del V Centenario. Argumentaron que desde poco después de 1492, se había iniciado la trata de esclavos con destino al Nuevo Mundo. Nuestra respuesta fue que, lejos de querer soslayar tal hecho, se tomaría en cuenta con sus consecuencias. Una, muy importante, fue que la presencia de africanos en el Nuevo Mundo influyó de manera tan significativa que éste es hoy impensable si se prescinde de ellos. Los millones de africanos que llegaron a él y los muchos más millones que son sus descendientes han enriquecido de múltiples formas la cultura de los modernos países americanos con su trabajo, su música, sus danzas, su sentido artístico, sus tradiciones. Se reconoce hoy que los africanos, al lado de los que llegaron de la península Ibérica y los indígenas, constituyen la tercera gran raíz cultural en el continente.

Después de amplias deliberaciones, los africanos ofrecieron su apoyo a la propuesta. Continuamos las consultas con los representantes de los países árabes y los asiáticos, principalmente China, Japón y Filipinas. Reconocieron ellos que, en diversos momentos tomaron parte en el encuentro, como en los casos de grandes migraciones de libaneses, chinos, japoneses y en el intercambio con la nao de Manila. La consulta con los otros países europeos ganó adhesiones pero también dejó ver algunas posiciones dubitantes.

El día que se presentó nuestra propuesta ante el Consejo Ejecutivo de la UNESCO, nos embargaba cierto nerviosismo. Concluida la lectura del texto, el delegado de Bulgaria pidió la palabra y expresó que deploraba mucho no haber sido consultado antes. Hizo una pausa y concluyó diciendo que, de haberse enterado, habría querido ser copatrocinador de la misma. El Consejo Ejecutivo de la UNESCO aprobó por unanimidad sumarse a la Conmemoración del Encuentro de Dos Mundos.

Al presentarse luego a la Conferencia General de la UNESCO la misma propuesta, la totalidad de los países se adhirió a ella. De esta suerte se logró que, sin regateos, en todo el

mundo se reconociera la importancia de la empresa llevada a cabo por España, que hizo posible que, a partir del Encuentro de Dos Mundos, se iniciara una nueva forma de historia en verdad universal. La UNESCO emprendió entonces varios proyectos y programas en los que se tomó en cuenta a los pueblos indígenas en sus adversas situaciones contemporáneas.

En realidad me había valido ya de la palabra encuentro desde que publiqué uno de mis primeros libros, la *Visión de los vencidos* que se ha traducido a muchas lenguas. La visión de los vencidos, transmitida en idioma náhuatl o mexicano, estuvo enmarcada en el concepto de encuentro. Este ocurrió cuando los indígenas contemplaron al otro, es decir al europeo como radicalmente distinto. Y de modo recíproco cuando el otro, el español, también vio en los indígenas seres humanos antes por completo desconocidos. Se produjo entonces un doble juego de espejos que, en última instancia, dio lugar a una categoría de comprensión histórica. En virtud del proceso que se desencadenó en 1492, la historia no fue ya sólo acerca de una parte de la humanidad sino que, por vez primera, pudo abarcarla en su plenitud.

Conviene añadir que, si en lo que siguió al desembarco de Cristóbal Colón, hubo violencias, conquistas y destrucciones, también hubo acercamientos y esfuerzos de comprensión. Mencionaré al menos los nombres de varios españoles cuyo pensamiento y acción merecen recordación perdurable. Entre ellos sobresalen fray Antón de Montesinos que, en dos sermones pronunciados ante los encomenderos de la Isla Española el 30 de noviembre y el 7 de diciembre de 1511, denunció y condenó sus tropelías en contra de los indios. Otro fue fray Bartolomé de las Casas que siguió su ejemplo y escribió y luchó siempre en defensa sobre todo de los indígenas de México y Guatemala. Otro tanto hizo fray Domingo de Santo Tomás en el Perú y lo mismo un notable discípulo de Francisco de Victoria, el agustino Alonso de la Vera Cruz en tierras michoacanas y en la recién fundada Real y Pontificia Universidad de México.

La lista podría alargarse y añadiré tan sólo a don Vasco de Quiroga que hizo realidad en México las utopías de Tomás Moro; a fray Bernardino de Sahagún, precursor de la antropología en el Nuevo Mundo, que diseñó un método para sus investigaciones y reunió en lengua náhuatl un gran caudal de testimonios acerca de las realidades naturales, humanas y divinas de los antiguos mexicanos. Y ya, sin mencionar nombres, evocaré al considerable grupo de espontáneos lingüistas que prepararon gramáticas y vocabularios de centenares de lenguas nativas descubriendo paradigmas que han enriquecido la teoría lingüística universal. También recordaré a cuantos escribieron crónicas e historias sobre el ser cultural de muchos pueblos nativos y a los que construyeron los grandes monasterios y, en paralelo con los pueblos y ciudades indígenas, fundaron otras en muchos lugares de América.

Ellos y muchos más participaron en el encuentro, haciendo de él acercamiento, comprensión humanista y obra en verdad creativa. Y ya para terminar, quiero plantearme una pregunta: ¿ha habido otra potencia colonizadora en las Américas que, como España, haya tenido varones como los que he mencionado, algunos de los cuales fueron censores de las acciones de sus compatriotas? La respuesta es obvia: ni Portugal, ni Inglaterra, ni Francia, ni Holanda los han tenido.

Con mi admiración y amor hacia estos varones, refrendo mi relación con España y los españoles. Hoy que nuestra lengua en común tiene ya el carácter de ecuménica, hablada por cerca de 500 millones de seres humanos, la gran mayoría en el Nuevo Mundo, en ella con gozo quiero expresar mis sentimientos de gratitud a la Universidad Complutense por el honor que me concede: gracias, muchas gracias.

